

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 28 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 15.

ESPAÑA Y SUS DOMINIOS

DE ULTRAMAR.

(Continuacion.)

Defendiendo nuestras Antillas de toda usurpacion ó absorcion extranjera, no vacilamos en repetirlo, tambien defenderemos la autonomia y la independencia de las repúblicas hispano-americanas, á las que será imposible acometer y conquistar, mientras existamos allí como una barrera insuperable. El gobierno de los Estados- Unidos es bastante previsior para comprender, que aún en el caso que aprovechara un momento de flaqueza nuestra, para un golpe de mano contra la América Española, el mantenimiento ó conservacion de lo conquistado por ella siempre estaria en el aire, por quedar inter- puesto entre ellos y su presa, otro poder que jamás sancionaria un hecho consumado, que constituiria una amenaza perenne por sí propio. El mismo principio de conservacion nos obligaria, en ese caso desgraciado, á constituirnos en auxi- liar del país sacrificado, desde que cualquier partido en su seno se sublevara contra su triste suerte, y tratara de reivindicar su independencia.

Sin poseer la república del Norte á Cuba y Puerto-Rico, le será siempre imposible adelan- tar un solo paso hácia el Sud.

Los intereses de España y de la América Española son solidarios en esta cuestion y por eso no comprendemos la demencia que se apo- deraba de algunos de sus gobiernos al favorecer con sus simpatías al filibusterismo, que habia de traer en pos de sí la anexion de Cuba á los Estados- Unidos, y como consecuencia última la desaparicion del valladar que defiende su existencia nacional de las agresiones ó de la ingerencia de los yankees. Algo de esto deben haber comprendido los hombres políticos de la América del Sud, cuando á las manifestaciones de los primeros momentos ha sucedido una frialdad marcada hacia la insurreccion de Cuba, y cuando han neutralizado el reconocimiento de beligerancia hecho en su favor en un arranque de rencor por lo de Mendez Nuñez, acudiendo presurosos á Washington á tratar y firmar la paz con España.

Y es que es preciso ser miopes para no com- prender que esas naciones tienen que esperar más de nosotros que de los Estados- Unidos, sobre todo desde que se han convencido que no sólo no aspiramos, sino que hasta nos sería gra- voso poseer una sola pulgada más de territorio en América. No viendo amago alguno á su in- dependencia de nuestra parte, ¿por qué habrán de temernos, por qué habrán de odiarnos, cómo es posible que sigan aún los recelos y las pre- venciones que abrigaban respecto de España?

Nuestros mercados abiertos á todos sus pro- ductos, de una manera más propicia y liberal que las demás naciones y las relaciones gene- rales, teniendo por base una fraternidad que no hallarán en razas antipáticas á ellos, les harán ver pronto que esa paz próxima á firmarse, no sólo ha de serles fecunda en bienes, sino que llevarán el aprecio y respeto reciproco á un gra- do que jamás existió.

La isla de Cuba independiente sería una ame- naza para esos países, mientras que en nuestro poder es un formidable baluarte para su defen- sa.—Cuba absorbida sería el primer paso del coloso al ponerse en marcha para imponerles igual destino; y en la ficcion de un gobierno republicano, sería el suceso determinante que convertiria de golpe todos esos gobiernos de raza latina en verdaderos satélites de la union americana; evolucion internacional cuyas peli- grosas consecuencias deben haber previsto Fran- cia é Inglaterra, cuando tantas veces han re- probado la insurreccion cubana.

Esas dos potencias marítimas tienen en esto un interés tan alto como nosotros, pues el do- minio ó el influjo preponderante de los Estados- Unidos en la América del Sud, pondría tales trabas fiscales á su comercio y navegacion, que les haria perder casi todas las ventajas de que hoy disfrutan.

Si en lo futuro se establecen las relaciones cordiales que deben existir entre España y sus antiguas provincias del Continente, pronto han de considerarnos éstas como el mediador más

sincero y desinteresado en sus diferencias ó conflictos con los Estados- Unidos ó con Europa. No moviéndonos el afán de ventajas egoístas, y no teniendo que temer una intervencion mortificante en sus asuntos interiores, llegará día en que no vean en nuestra representacion más que el afecto paternal de la potencia que los civilizó.

Los admiradores de los Estados- Unidos, no quieren fijarse en una eventualidad que ya vis- lumbran los hombres pensadores, al examinar ciertos gérmenes que empiezan á desarrollarse en aquella abigarrada y potente sociedad.

¿Quién, que haya seguido paso á paso los su- cesos de los últimos quince años, y sus hechos, y los móviles de la guerra, y el dualismo que los agita, y el antagonismo insufrible de sus razas, y la inmundicia creciente, y el descon- tento patente de todo el Sud, y la sed de otro régimen que aumente la seguridad y el bien- estar de los ciudadanos, no ha de considerar inminente, ó la desmembracion de ese coloso ó el cambio de su forma de Gobierno?

Abogados ardientes tienen hoy en la prensa de aquel país ambas soluciones; pero sólo el porvenir podrá revelarnos si esos augurios ó esas aspiraciones son realizables.

Si tal eventualidad llega (y no es difícil cuando imperios más poderosos han venido al suelo), España está llamada á jugar un gran papel en los destinos de América, al transfor- marse por completo con tal evolucion.

Entonces nuestra patria puede ser la inter- mediaria entre Europa y los Estados- Unidos fraccionados; y tambien puede ser la que im- pida que la supremacia inglesa ó francesa se imponga en la América del Sud, lo que inme- diatamente se intentaría al desaparecer el úni- co obstáculo que hoy lo impide.

En ese momento, á la fórmula «América para los americanos», habria que sustituir otra que llamariamos el *equilibrio europeo* en América; y España tendria que ser el fiel de esa balanza. Que una potencia de Europa no tenga más in- flujo que las otras en la suerte y en los asuntos de los gobiernos americanos, sería entonces el objetivo de las naciones marítimas y comercia- les, y como no podrian zanjar por la guerra, lo que era interés de muchos, el arbitraje habia de caer en manos de la que por inspirar menos envidia, y estar en situacion privilegiada, habria de considerarse, para que respetaran su laudo, como la más desinteresada y más leal.

Pero sea que los Estados- Unidos continúen compactos y creciendo en vigor y poder; sea que se fraccionen, España puede seguir siendo en su vecindad un poder respetable, si inspirán- dose los partidos aquí en la política grande y elevada de los ministros de Carlos III y Fernan- do VI, y apartando un instante la vista de las cuestiones pequeñas que aquí los dividen, la fijan en la verdadera importancia de lo que aún poseemos en los mares de América y Asia, y se dedican á fomentar los gérmenes de ri- queza y de poderío que encierran; poderío que podrá traducirse en época no lejana por la legítima intervencion que tendríamos que ejercer en todos los gabinetes que directa ó indirecta- mente estén en contacto con nuestras posesiones.

Una nacion marítima-comercial, y con una marina poderosa como la que podemos tener, se hace respetar siempre, sobre todo debiendo á la Providencia la ventaja de habernos conser- vado los admirables puntos de escala y abrigo que poseemos, y desde los cuales podemos ejer- cer más influencia en los acontecimientos, que todas las demás naciones de Europa.

Cuando Francia, obedeciendo á esa razon de primer orden, hace una guerra para adquirir la Conchinchina, y cuando Holanda, que apa- rece tan exigua en el mapa á nuestro lado, nos avergüenza con un comercio cuádruple del nuestro, y lo debe sólo á colonias menores que las provincias ultramarinas que poseemos, con dolor debemos ver el descuido ó el desden de nuestra política respecto de esos países de los que no hemos sacado el partido que nos ofrecen tan poderosos medios de engrandecimiento, al paso que hay quien se atreva á proponer la venta de lo que otros gobiernos harian nume- rosos sacrificios por adquirir.

Si Holanda, nacion de tercer orden por su

importancia comercial, aparece en las relacio- nes mercantiles del mundo ocupando el tercer lugar é inmediatamente despues de Inglaterra y Francia, ¿qué no podiamos haber sido nos- otros con una política más nacional y menos tur- bulenta?

Para esas naciones, las colonias han sido un poderoso estímulo en el acrecentamiento de su tráfico y de su marina; ellas se dedicaron á desenvolver sus fuentes de riqueza, mientras España consumia su vitalidad y sus recursos en luchas de partido y en convulsiones lastimosas. La obcecacion de la política ha impedido así que creciera la influencia que como esos países pudimos haber conquistado en el mundo.

Pero aún no es tarde, si el movimiento de regeneracion se inicia, pacificándose totalmente Cuba, constituyéndose definitivamente aquí un poder que esté á la altura de las circunstancias difíciles por que atravesamos y que se consa- gre á hacer respetar y apreciar nuestro nom- bre, así en las regiones del Oriente como en el Nuevo Mundo.

Si al comercio universal y á la civilizacion podemos ofrecer en América más de lo que necesitamos, si en vez de tributarios llegamos á ser, como es posible que seamos, partícipes y cooperadores del progreso general en todas sus manifestaciones; si además podemos ser útiles al débil y al que aún no ha alcanzado el bautis- mo de la cultura, nuestra cordura y nues- tros esfuerzos perseverantes lograrán el premio que tarde ó temprano alcanzan los gobiernos que no llevan por única enseña el egoismo.

Nuestra influencia en América aún puede ser grande, y realizar de paso la que merecemos en Europa: no aspiremos á una supremacia que no necesitamos y que nos sería gravosa, y que humillando la fiereza de aquellos países nos impondria sacrificios superiores á las ventajas que de ellos podríamos sacar: ofrezcámosles sólo la benévola y paternal intervencion del que quie- re salvar al hijo emancipado de peligros que lo amagan, no creyéndolo bastante fuerte para conjurarlos por su propio esfuerzo. Ellos acdi- rán hácia nosotros, convencidos de nuestra leal- tad y de que sus intereses y los nuestros son casi solidarios.

Protejámoseficazmente nuestra navegacion, no con medios empíricos y anti-económicos; imi- temos á Inglaterra que mantuvo los derechos diferenciales en sus colonias, hasta que fué ba- stante poderosa para no temer la concurrencia de nadie, y para brindar entonces á los demás como un beneficio lo que no era más que un ardid para hacer competencia en su misma casa á las marinas extranjeras, con el sobrante de buques que ya no cabian en sus puertos.— Creemos riqueza, haciendo lo posible para que nuestras provincias de Ultramar superen en prosperidad á la India, á la Australia y á las demás posesiones británicas, y no sólo los produc- tos indígenas, sino los exóticos acudirán en grandes masas á esos importantísimos lugares de tránsito que se llaman Antillas, entrada del Mediterráneo, Filipinas y Golfo de Guinea.

Y si una nacion que es rica y que se basta, puede decir que disfruta la mayor de las venta- jas para hacer frente á todo género de dificul- tades, ¿qué no diremos, si por su situacion pue- de imponerse en momentos dados, ya militar ya diplomáticamente? Reconociendo que la riqueza da la fuerza, y que la fuerza es la que inspira el respeto, ó lo que se solicita y teme en los conflictos de nacion á nacion, ¿cómo no ha- bia de ser solicitada con avidez España, cuan- do de tan poderosos medios de agresion ó auxi- lios puede disponer?

Colocada nuestra patria en ese terreno, á to- das partes estenderia su influencia; y no es im- posible para ella alcanzar esa situacion que re- señamos; que el pueblo que en medio de con- vulsiones civiles ha podido enviar grandes re- fuerzos á Cuba en los momentos de creerse exhausto de recursos, mayores pruebas de vi- talidad daría al estar regido por un gobierno estable y previsior que con enérgica decision se afanase por reconquistarle el rango que le per- tenece en la sociedad de las naciones.

Nada más cierto que la posibilidad de hacer sentir un día á todos la importancia de las ven- tajas con que cuenta España en el mar de las

Antillas, en el seno mejicano, en Asia y en el Mediterráneo. Aún puede ser lo que fué, aún puede otra vez pesar mucho en la balanza de los destinos del mundo.

Pero despojada de sus provincias ultrama- rinas quedaria en la situacion triste y equívoca del poderoso que por debilidad ó por disipacion llega á verse despojado de lo que poseía.— Alentadas las agresiones extranjeras llegarían estas á ser insolentes, porque todos creerían que la nacion que no habia sabido guardar lo perdido, menos sabría defender lo que le que- daba.—En las naciones, como en los indivi- duos, si se respeta una fortuna modesta, no se considera lo mismo una gran posicon que des- ciende, por llevar ese sello de decadencia que tanto daña en las relaciones sociales. España, en fin, si llegara ese día aciago, vendría á ser lo que Portugal es para los ingleses, y lo único dudoso es la potencia que se adjudicaria su tu- tela.

Nosotros ansiamos que nuestros hombres pú- blicos mediten sobre estas consideraciones, y sobre nuestra historia colonial, y es posible que haciendo abstraccion de las amargas disensi- ones de nuestra política interior, hallen consuelo y compensacion tratando de engrandecernos fuera, pues sólo así seremos fuertes y poderosos dentro.

LA PROTESTA

ANTE EL PLEBISCITO Y LA CESION.

Aún bulla en los espíritus la agitacion que produjo el proyecto de *cesion* de la isla de Cu- ba iniciado por algunos periodicos de la Penín- sula, y la extraña idea de sujetar á un plebis- cito la nacionalidad á que desearan pertene- cer sus habitantes, cuando la llegada del últi- mo correo con una enérgica protesta firmada por cuarenta y dos mil personas, ha venido á recordar los deberes que impone el patriotismo á los que parecían olvidarlos por mezquinas consideraciones, y á ser ante todos los españo- les el exacto testimonio de los sentimientos de sus hermanos.

Se habia querido presentar la *cesion* á los Estados- Unidos como el único medio de resol- ver la insurreccion; se habian olvidado las ra- zones políticas que desechan ese proyecto; se trataba, en fin, de borrar los vínculos que ligan aquella provincia al resto de la monarquía, y un grito espontáneo ha brotado de aquellos países pidiendo la *condenacion* de esas doctri- nas que, á título de *convenientes*, estaban des- tinadas á destruir, si hubieran prevalecido, la recta inteligencia de los principios políticos, la importancia mercantil que poseemos, y el pres- tigio que aún nos resta de nuestro antiguo po- derio.

Ceder una parte integrante del territorio es- pañol por la actitud rebelde de unos cuantos descontentos, abandonar al tumulto de una in- surreccion la autoridad que tenemos derecho á ejercer por títulos indiscutibles, y prescindir de las justas aspiraciones de aquel país por la protesta de una minoría armada, alteraria la forma en que se conciben las nacionalidades, excitaria tendencias que existen siempre en los pueblos donde luchan diversas opiniones políti- cas, y quebrantaria profundamente el prestigio de una autoridad que retrocedia temerosa por las amenazas de una sedicion.

Existe en los pueblos como en los individuos una solidaridad entre sus opiniones y los actos que realizan, encadenados con una consecuencia tal, que aceptado una vez un principio político, se desenvolveria pausadamente en la opinion pública, se estenderia su imperio por la publi- cidad, se veria quizás limitado por eventuali- dades diversas; pero por cima de los obstácu- los, con más fuerza que los sucesos, buscara la aplicacion lógica de las teorías que se admitie- ron, y cuando los agitadores de siempre altera- ran el sosiego público, cuando nuevas tentati- vas comprometiesen la paz, la transaccion con los cubanos no sería estéril, y se pediría en su nombre la misma conducta que se observó con ellos, la misma debilidad con que se cedió á sus amenazas.

Pero si perjudiciales serian las consecuencias

de aceptar como bueno un principio equivocado en asunto tan trascendental, no serían menos funestas para el porvenir de nuestra patria en cuanto se relaciona con la prosperidad de nuestro comercio y el prestigio del nombre español en el continente americano. Abundantes mercados para los productos de la Península, fácil cambio con los de las Antillas, sostenimiento de una marina mercante poderosa, influencia con la América latina, importancia colonial, todo, todo desaparecería adoptándose la *cesion* de la isla de Cuba á la República de los Estados Unidos.

Su situación geográfica, la extraordinaria riqueza de su suelo y la laboriosidad de sus habitantes, la han hecho llegar á un grado tal de prosperidad, que la ha permitido competir con ventaja con los estados más ricos de aquel privilegiado continente, y ser el centro desde donde irradie á todos los pueblos que hablan nuestra lengua y pertenecen á nuestra raza, la influencia que nos dieron tantos siglos de perseverante y civilizadora lucha, y que no podremos menos de conservar mientras subsistan en aquellas tierras los rasgos característicos de una raza que las trajo á la vida de la inteligencia y el progreso, á costa de su propia vitalidad.

Así lo han comprendido los españoles leales de la isla de Cuba, y convencidos de la misión que están llamados á realizar si á España han de quedarle aún indicios de su poderío, acuden á sus hermanos de la Península, exponen la justicia de sus quejas y solicitan su apoyo, no para luchar contra enemigos que pelean francamente por destruir la integridad del territorio, sino contra los que á título de amigos trabajan entre nosotros por extraviar la opinión pública, aconsejando soluciones y proyectos que distan mucho de lo que exige un patriotismo sincero.

Por eso se dirijen á todos los ayuntamientos de España, por eso insisten con tanta energía para conseguir la adhesión de cuantos sientan vivos los sentimientos de la lealtad; la voz de los partidarios de la cesion ha llegado á todas partes, conocida del mundo entero es la conducta de esos escritores, y justo es que se propague también la protesta que formulan los españoles que luchan por extinguir la insurrección cubana, contra unos proyectos que se avienen tan mal con los intereses generales del país y con los principios en que descansan todas las nacionalidades.

Los españoles responderán seguramente al llamamiento de sus hermanos; la voz de los que apelan á sentimientos tan arraigados en nuestro suelo no será desoída, y el voto unánime de las poblaciones, acudiendo sin distinción de partidos ni diferencias pequeñas á sancionar las legítimas aspiraciones de los cubanos leales, será la mejor respuesta que podrá dar el país á los que pretenden alucinarlo con ciertas *conveniencias* que pugnan de un modo manifiesto con las tendencias que constituyen los caracteres distintivos de su personalidad.

Entonces conocerán los que decantando respeto á la opinión pública han propagado esas doctrinas, que lejos de haber respondido á los deseos generales de la nación, que lejos de haber iniciado una medida salvadora, han contrariado cuanto existe entre nosotros arraigado de un modo más general, han propuesto lo que causaría nuestra decadencia segura, y se han convertido en ecos de un interés mezquino, cuando se trataba cabalmente de la única cuestión que puede ser fecunda en grandes resultados para la nación española.

No juzgaremos, sin embargo, la conducta de *La Discusion* y *El Universal*, sus proyectos han sido ya examinados por nosotros y condenados por la mayoría de los españoles, y es seguro que las adhesiones que recibirán las cuarenta y dos mil firmas de Cuba, serán un buen testimonio del juicio que han merecido sus proyectos; pero al tratar de la voluntad que han manifestado *explícitamente* los habitantes de la isla de Cuba, al ver en esos millares de nombres la representación de cuanto hay español en las Antillas, no podemos menos de recordar los argumentos con que probábamos en nuestros números anteriores la inoportunidad del plebiscito propuesto por uno de nuestros colegas, y que han sido sobradamente confirmados por el documento de que nos venimos ocupando.

Asegurábamos que no combatíamos el plebiscito porque temeríamos que fuera contrario á nuestra nacionalidad; hacíamos cumplida justicia á la lealtad de aquellos españoles; presentábamos á la insurrección como una minoría impopular que vive sólo de las pasiones que excita; y la protesta de todos los leales, la opinión de la prensa, y hasta las cartas particulares, indicios son bien claros de la exactitud de nuestros juicios; nuestras apreciaciones no eran exageradas; nuestra confianza se hallaba justificada; todos los que han conocido en la isla de Cuba el documento en que se hacían sinceras protestas contra la cesion, han acudido á firmarlas, queriendo indicar de este modo á los que dudaban de su actitud, que no hay un sólo

leal en la isla de Cuba que desee separarse de la nacionalidad española.

Si se quieren conocer odios contra la madre patria; si se desea buscar tendencias separatistas, aléjense de los que sostienen hoy con su esfuerzo el prestigio de nuestra bandera. Los que se sacrifican constantemente por el triunfo de la causa española, los que abandonan cuanto hay en la vida de más caro para buscar en los azares de la guerra la patria que se les disputa, ni comprenden la discusión de la nacionalidad de aquella provincia, ni conceden á nadie el derecho de segregarlos de la familia á que pertenecen; los que por el contrario han dado al olvido las tradiciones de sus hogares y las instituciones que les dieron prosperidad y sosiego, para correr entre traiciones y sangre tras una irrealizable independencia, ni ansian la consulta por medio del plebiscito, ni la aceptarían procediendo de un Gobierno que combaten con tanta saña.

¿A quiénes se dirigirá, por lo tanto, la consulta acerca de la futura nacionalidad de los cubanos, que proponía *La Epoca*? ¿Cuáles son las desconocidas diferencias que exigen estas medidas?

No, desengañense cuantos deseen sinceramente que se resuelva de un modo favorable para España la insurrección de la isla de Cuba: la lucha en los momentos que iba á comenzarse una alteración esencial en su régimen político; la lucha en los momentos en que se creía débil á la autoridad porque se la veía casi abandonada; la lucha que usa del incendio y del asesinato como medios vulgares del combate, ni puede ser combatida con un plebiscito que reconociera un derecho, que no existe, á separarse de la nacionalidad á que pertenecen, ni con la cesion á los Estados Unidos, cualesquiera que fueran las ventajas que se nos ofreciesen.

Momentos son esas agitaciones de grave perturbación en la vida de los pueblos; dolorosas son, sin duda, para el que se fija sólo en los padecimientos del individuo; pero cuando se reflexiona que el desenvolvimiento de las leyes históricas conduce al mejoramiento de los individuos por la generalización del derecho y el afianzamiento sólido de la libertad, consuélese el espíritu de los males presentes de las Antillas, seguro de que llegará un día en que, restañada la sangre y restablecida la calma, volverán aquellos países á gozar de su antigua prosperidad, ofreciendo de este modo un testimonio de que no pueden romperse las nacionalidades que crecieron con una misma vitalidad, y se apoyan en los sentimientos generales de la opinión pública y en la justicia de sus instituciones.

LAS COMISIONES DE LAS ADUANAS EN CUBA.

La llegada á esta corte de un funcionario de la administración económica de la isla de Cuba, ha coincidido de tal modo con los rumores de que se han hecho eco algunas gentes contra las comisiones de comerciantes que vigilan las aduanas de aquella Antilla, que preciso será que exponamos, siquiera sea ligeramente, la oportunidad de esta medida, los favorables resultados que ha producido á nuestro Tesoro, y la conveniencia de que continúen en el ejercicio de una misión que ha causado sólo ventajas para la administración de la isla de Cuba.

Conocidas son de antiguo las murmuraciones de que han sido objeto algunos ramos de aquella organización, los numerosos comentarios con que se ha querido inculpar á muchos funcionarios, y la insistencia con que se ha pretendido siempre extraviar la opinión pública acerca de la confianza que debía tenerse en algunos servicios administrativos.

Por nuestra parte no discutiremos si existen realmente datos que justificasen esa actitud; posible es que fueran calumniosos los sucesos que con tanta frecuencia se han referido; posible es también que se hallaran justificados por la conducta de algunos; pero lo que es cierto, lo que ha llegado de seguro á conocimiento de todos nuestros lectores, es esa censura que se dirigía á los empleados de las administraciones de Aduanas, sin reparar las más de las veces los antecedentes personales de los individuos que se condenaban.

Se había llegado á hacer popular la creencia de que aquel importante ramo de la administración estaba dirigido de un modo poco conveniente á los intereses del Tesoro; se hacían cálculos que confirmaban estos temores; se estimaban en mucho los recursos que se perdían, y era natural que se obedeciera á indicaciones tan reiteradas, adoptando medidas enérgicas que fueran una garantía para el país, y para el Gobierno que las establecía.

El malogrado Sr. Escario, estudió detenidamente este asunto; comprendió que no era posible dejar de resolver una cuestión que era el nervio de los recursos que se necesitaban, y buscó en las comisiones de comerciantes la vigilancia de los actos administrativos que venía reclamando uno y otro día la mayoría de aquel

país. Existían en favor de este sistema los liasones resultados que había producido en las dos veces que se había planteado desde que le propuso otro jefe de Hacienda, la conveniencia de organizar este servicio sin nuevos gravámenes para el Tesoro, y la ventaja de destruir por una amplia intervención la creciente desconfianza de muchas gentes, y era justo que aquella inteligente autoridad acelerase el planteamiento de una reforma que creía fecunda en resultados favorables para los intereses de nuestros hermanos.

Ocurrió sin embargo en este tiempo la muerte de aquel honrado funcionario; parecieron olvidarse por esto los trabajos que se habían comenzado, pero la publicación del decreto acordado á poco de la llegada del Sr. Santos, demostró cumplidamente que había estimado este en lo que valían las ideas de su antecesor, y que estaba dispuesto á realizarlas con el vigor que exigía la situación excepcional de la isla de Cuba.

Estos son sucintamente expresados los motivos que ocasionaron el establecimiento de las comisiones, y los precedentes que las aconsejaban. La insurrección por otra parte había creado una situación difícilísima para las cajas de aquella Antilla; la guerra exigía crecidos sacrificios; los impuestos restablecidos en sustitución del sistema tributario no comenzaban á percibirse; el comercio decaía algo por el estado excepcional; usar del crédito de una institución, aunque le apoyaba el país con todos sus capitales, ocasionaba justos temores á los que miraban el porvenir, quedando por lo tanto como recurso principal los productos de las aduanas, que exigían consiguientemente una buena administración, si habían de responder á las múltiples necesidades que los solicitaban.

Conste, pues, la doble importancia que adquirieron, por las circunstancias que dejamos mencionadas, las aduanas de la isla de Cuba; recuérdese con cuidado que existían prevenciones más ó menos motivadas contra los funcionarios administrativos, y que servían á veces estas quejas de pretexto contra el Gobierno español, y estamos seguros de que no habrá nadie que no aplauda con nosotros el establecimiento de esas comisiones que venían á desvanecer temores, y á ensanchar los recursos que necesitábamos para combatir á los partidarios de la insurrección.

Si han realizado bien las esperanzas que todos abrigábamos, no somos nosotros los que lo afirmamos, sino los estados oficiales publicados en la *Gaceta*; de ellos resulta que desde los primeros meses se aumentaron más de un ciento por ciento los ingresos del Tesoro, y que á pesar de haber disminuido el movimiento mercantil, á causa de la rebelión, han excedido en un tanto por ciento muy elevado en los meses últimos, á los percibidos en igual fecha del año anterior. Así lo han reconocido hasta los que veían con disgusto la vigilancia del comercio, así lo ha comprendido la autoridad que la protege y estimula; y los que murmuraban antes de esa ingerencia en los asuntos administrativos de unos individuos que parecían desconocerlos, los que creían ver en esas comisiones una inculpar de su conducta han tenido que callar también, convencidos de que los resultados han puesto de manifiesto el acierto con que procedió el Gobierno al adoptar esa medida.

Reflexiónese además en los cuidados que ocasionan esos trabajos á los comerciantes de la isla de Cuba; considérese con detención lo que significa para un pueblo trabajador y mercantil el abandono de los negocios propios para dedicarse á los generales del país, las pérdidas que causará seguramente esa distracción periódica de las tareas ordinarias, el disgusto con que se mira entre aquellos naturales cuanto se roza con tareas de oficina, y se apreciarán como merecen los sacrificios de esta conducta y el patriotismo que nos revelan.

Creemos que el Gobierno juzgará como los españoles de aquella Antilla á las comisiones de vigilancia, habiendo llegado á su conocimiento tantos documentos que demuestran los resultados de sus trabajos; pero como se indica que gestionan algunos activamente la desaparición de esas comisiones, como no faltan quienes atribuyan á determinadas influencias el propósito de conseguir del señor ministro de Ultramar la revocación del decreto por que se restablecieron, deber nuestro es dirigirnos á la opinión, hacer públicos los servicios que han prestado en asunto tan esencial, y encarecer uno y otro día la conveniencia de que continúen inspeccionando la administración de unas rentas, que han de ser el principal sostén de las fuerzas españolas.

Suspenderlas aun en momentos tan críticos, y cuando no se han extinguido aún las asechanzas de nuestros enemigos, resucitaría las antiguas murmuraciones, daría pábulo á que se decantasen los vicios de nuestra administración, y á que se nos supusiera patrocinadores de un sistema condenado por los habitantes de las Antillas.

Si de un interés primario son sin duda las soluciones políticas, si indiscutible es la influencia que ejercen en la vida de los pueblos, preciso es reconocer también que las cuestiones económicas que facilitan los medios materiales de

sostener el prestigio de la autoridad contra las agitaciones de la muchedumbre armada, adquieren inmensa importancia en momentos de lucha, y exigen de los gobiernos discretos una preferente atención.

Desearíamos que apreciara el Sr. Ministro de Ultramar las dificultades que podría ocasionar la carencia de recursos en la isla de Cuba, que examinara con mesura las complicaciones que surgirían de una crisis comercial; porque si lo hiciera así, y comprendiera las consecuencias de cualquier error en asunto de tal trascendencia, creemos que rechazaría enérgicamente las sugerencias de los que desean ver suprimidas las comisiones inspectoras de las aduanas, y que no querría alentar de nuevo unos abusos que habían hallado un correctivo tan eficaz en el patriotismo de los comerciantes cubanos.

EL CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA

Á LOS AYUNTAMIENTOS DE LA PENÍNSULA.

A continuación insertamos la carta que el Casino Español de la Habana, en representación de nuestros compatriotas de Cuba, dirige á los Ayuntamientos de la Península, pidiéndoles su cooperación para que en todas las provincias sea conocida la enérgica, noble y patriótica protesta, que todos los leales allá han formulado contra el proyecto de venta ó cesion de la grande antilla al extranjero; proyecto iniciado por dos periódicos aquí, y que ya ha merecido la reprobación de la inmensa mayoría de la prensa en la madre patria.

En su carta apelan otra vez nuestros hermanos de Cuba al generoso y altivo pueblo español, no con el clamor de la angustia, ni con el de la desesperación, sino con el de la indignación más justa y más santa.

Los que crean en esa tierra codiciada sus capitales con laboriosidad y economía para prodigarlos luego en defensa de la honra nacional; los que sacrifican en aquella apartada provincia su descanso y su vida en aras del deber y del amor á la patria, merecen ser oídos y auxiliados por aquellos á quienes hoy dirigen sus palabras.

¡Que esa invitación sentida y ardiente encuentre eco y apoyo en las corporaciones á que vá destinada!

CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA.

Amantes de su suelo, de su patria y de su nacionalidad, los españoles que residimos en Cuba, ha torturado nuestro corazón el convencimiento de que periódicos de la madre patria se hayan atrevido á estampar la infamante proposición de que Cuba pudiera ser vendida cedida á una extraña potencia.

En nuestro grito de protesta y de dolor hemos llamado para jueces de nuestra causa al pueblo español; á nuestro pueblo querido, á ese pueblo que, no mirando sacrificios cuando se trata de sacar ilesa la honra de su patria, de cuya verdad hemos recibido nosotros tan señalada prueba, es el que con más rectitud podrá dictar el severo fallo.

Y á V. S., digno representante del de esa provincia, nos dirigimos suplicándole se sirva dar cuenta á la Ilustre Corporación de su digna presidencia, de nuestra adjunta protesta; y si, como no dudamos, merece su aprobación, dígnese darle la más lata publicidad para que sea oída nuestra voz hasta los más remotos confines de esa provincia. Súplica que le dirigimos mientras en esta hacemos votos por la paz y prosperidad de nuestra querida España.

La premura del tiempo no nos permite imprimir los miles de firmas que apoyan nuestro documento; pero hemos dado orden al benemérito español D. Manuel Calvo, nuestro representante en Madrid, para que en los periódicos de aquella capital se imprima íntegra la larga lista de los firmantes.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Habana, 30 de marzo de 1870.—El Presidente, Segundo Rígal.—El Secretario, José Rocamora.—Sr. Presidente del Ilustre Ayuntamiento de.....

DOCUMENTO IMPORTANTE.

Reproducimos la carta que ha aparecido en *El Tiempo* del 24 del corriente, sin hacer observaciones sobre ella, porque la firma de su ilustrado autor es la mejor recomendación de ese escrito:

«Señor Director de *El Tiempo*.

Mi muy señor mío y estimado amigo: Sin desconocer la inmensa desventaja con que en las lides periodísticas luchan los que, con fé viva en la razón que los asiste y el valor consiguiente de sus convicciones, arrojan nuestros humildes nombres en la candente arena de la polémica política, renunciando al cómodo escudo del *anónimo*, con que se abroquelan nuestros adversarios, no por eso he de dejar, siquiera para ello tenga que abusar de su extremada bondad, en esta ocasión, y en cuantas sobre la cuestión de Cuba se presenten, de contestar á la réplica que en *La Epoca* del 12 me dirige el distinguido publicista, cuyas conclusiones impugné en la del 6, no con *filípicas*

ni violentas inyecciones, como le plugo decirlo, sino templadas y, en mi concepto, incontestables razones. Podrán estar expresadas con la energía y el calor que da la convicción a los que carecen de la admirable flexibilidad que caracteriza a otros eminentes escritores; pero segurísimo estoy de que, ni por el tono de la frase, ni por sus palabras, habrá merecido tan dura calificación a la inmensa mayoría de los imparciales lectores de *La Epoca*, ni mi ilustrado adversario podrá designar una expresión que directa ni indirectamente, no diré ataque, pero ni siquiera haga alusión a su respetable persona. Aquella calificación podrá ser un recurso oratorio de indisputable efecto, mas nunca será un arma de buen temple en manos de publicistas de su elevada talla.

Ménos lo es todavía atribuirme ideas, que a él más que a otros debe constarle no son las mías. Precisamente la única razón que tuve para lanzar mi nombre en la ardiente cuestión de Cuba, no obstante los sinsabores que sabía me aguardaban, era porque así creía servir mejor la causa que defendía, por lo mismo que mis ideas en favor de las reformas políticas, económicas y sociales en la isla de Cuba eran conocidas hace más de 25 años, no solo en España, sino también en el extranjero, y especialmente en Francia, cuyo ministerio de las Colonias había hecho traducir y publicar a sus expensas mi extenso *Informe fiscal*, dirigido a nuestro Gobierno, sobre la situación de Cuba. En efecto, yo fui, si no el primero ni el único, el empleado a lo menos que con más insistencia, más copia de datos y con más resolución abordé la cuestión de las reformas, sin omitir la de la abolición de la esclavitud, que en gran parte estaría hoy realizada, si se hubieran atendido mis indicaciones. Pues entonces, ¿con qué derecho recusa mi opinión el ilustrado articulista de *La Epoca*, suponiéndome decidido campeón del *statu quo* y defensor de los abusos y de la esclavitud? Antes de lanzar anatemas como éste sobre sus contrarios, deber es de todo escritor imparcial indagar sus antecedentes, que para eso he dado mi nombre; y si le eran desconocidas mis insignificantes publicaciones, consultar a lo menos los documentos oficiales recientes sobre esta palpitante cuestión.

Fácil le hubiera sido entonces ver en la página 11 del *Extracto*, que abraza la cuestión política, publicado en el año pasado de 1869 por el ministerio de Ultramar, mi humilde nombre, como uno de los firmantes de un proyecto de leyes especiales para las Antillas españolas. Yo dudo fundamentalmente que lo haya leído, porque, a haberlo hecho, era imposible, en su buena fe, que se atreviese a llamarme partidario del *statu quo* y de la indefinida continuación de la institución de la esclavitud. No; eso no es exacto: sobre este punto no creo exista en la Península quien pueda disputarme la primacía y la espontaneidad de mis ideas a favor de las reformas en Cuba, por lo mismo que han sido emitidas, no a impulsos de las *circunstancias*, a que muchos tributan un culto idólatra, sino hace ya un cuarto de siglo, cuando aún no estaban excitadas las pasiones, y sólo me movía el sentimiento íntimo de la justicia y el deber. Esto es lo que quisieran hacer olvidar mis adversarios, a fuerza de presentarme como opuesto a toda mejora, a toda reforma. Por desgracia suya, han llegado un poco tarde para recoger los multiplicados ejemplares que de mi *Informe fiscal* han circulado dentro y fuera de España.

Desistan, pues, de su temerario intento: ataquen en buen hora mis reformas como poco democráticas; pero no conseguirán nunca privarme de la honra de haberlas iniciado y de haber reclamado, con la energía propia de mi carácter, la extirpación de los abusos en la administración de Cuba.

Sentado este precedente, y embotadas las armas de no buen temple que, a manera de consigna, suelen emplearse como única y decisiva respuesta a mis argumentos, ¿a qué queda reducida la impugnación de mi ilustrado contendiente? A nada; absolutamente nada, como voy a demostrarlo. Para que realmente hubiese impugnado mis ideas, hubiera sido necesario que concretase las suyas de modo que, comparadas con las mías, pudiesemos conocer su conformidad o divergencia. Pero sucede precisamente todo lo contrario. Si vago, indefinido y casi contradictorio estuvo en su primer artículo, más vago, menos preciso y casi incoloro está en el segundo. No pretendo por esto negar el mérito literario de ambos artículos; bien al contrario, reconozco sinceramente que en ambos campean esa sagacidad y delicadeza de ingenio con que algunos escritores privilegiados saben atenuar, modificar y armonizar las ideas al parecer más opuestas, hasta confundir y hacer desaparecer sus más salientes matices. Pero esto, que artística y literariamente considerado es de un gran mérito, no se compagina bien, en mi concepto, con la severidad y franqueza de las discusiones político-filosóficas, como lo probará el sucinto, pero exactísimo análisis de los artículos en cuestión.

Empieza su primer artículo diciendo que su opinión está igualmente distante de los que quieren el abandono por nuestro país de los *derechos legítimos* que tienen sobre las Antillas, descubiertas por el genio español, pobladas y civilizadas con la sangre y civilización españolas, y elevadas a un grado de prosperidad que era la envidia del

mundo», como de «los que sostienen que en ninguna eventualidad, España puede desprenderse de sus posesiones de América, y que antes de consentir este abandono ignominioso, tendría el derecho de atraer sobre ellas catástrofes más terribles que las de Haití y Santo Domingo»; y que él, «como hombre de nuestro siglo y de nuestra época... pretende que la voluntad explícita y solemne de los pueblos sea la sanción más firme, como la más legítima de nuestro derecho». Dice luego «que la sublevación no reconoce título alguno legítimo», y que «el único partido que una nación, que no quiere abdicar en el mundo, puede y debe tomar, es la lucha hasta sacar a salvo los derechos, que nadie ha puesto en duda»; y continuando este sistema de báscula, en que tan pronto se preconizan nuestros incontestables derechos a gobernar y conservar las Antillas, como se pide para su validez la sanción popular, llega nuestro articulista a la última etapa, reducida a la siguiente proposición: «Pacificada, dice, la isla de Cuba, la cuestión práctica (no la indica, aunque la deja adivinar) queda en pie... y la España debe considerarla en todas sus fases y aplicar a su solución los principios que hoy prevalecen en el mundo». Y sin decir tampoco con franqueza cuáles sean estos, si bien se deja entender que habla del plebiscito, continúa así: «¿Quiere la inmensa mayoría de nuestros hermanos de América seguir formando parte de la que ha sido hasta ahora para todos la patria común?»

Siguiendo luego los diversos tonos de este diapasón, examina y encuentra soluciones para todas las eventualidades. Pues bien; dejando a un lado todas estas vacilaciones, yo me limito a impugnar el plebiscito en el sentido que se pretendía, como contrario a la humanidad, al derecho constituido y a la razón de Estado, tal como la han aplicado siempre las naciones de Europa y acaba de aplicarla a sus Estados del Sur la república Norte-Americana. Que si era justo, añado, que las naciones, antes de ceder una parte de su territorio, consultasen la voluntad de sus habitantes, en ningún caso procedía la inversa; esto es, que la opinión de los habitantes de una provincia, siquiera fuese unánime, pudiese relevarla de la dependencia de la nación de que formaba parte.

¿Qué ha contestado a esto nuestro ilustrado articulista? Ya lo he dicho: nada, absolutamente nada concreto a mi única y formal impugnación sobre el plebiscito. Limitase a increparme con este vehemente apóstrofe: «¿Dónde ha visto una idea, una frase de la cual pueda inferir este ilustrado, pero apasionado escritor, que nosotros pedíamos a España que, contra la voluntad del pueblo cubano, pisoteando su derecho, olvidando los sacrificios hechos por el partido español, que es allí la inmensa mayoría, vendiésemos la isla de Cuba a una potencia extranjera?... A mi vez, y con mayor razón, diré a mi engañado contendiente: ¿Dónde ha leído, dónde ha visto en todo mi artículo la expresión de VENTA, ni otra alguna que aluda en lo más mínimo a la cesión de Cuba a los Estados Unidos?»

No quiero ni debo poner en duda la lealtad de mi noble antagonista; pero preciso es convenir que su contestación ha debido preceder a la lectura de mi artículo, que sólo conocía de referencia. No de otra manera puede explicarse tan gratuita y extraña suposición, ni las expresiones de *verdadera filípica y violentas inyecciones* con que califica un artículo que no contiene la menor alusión, sino a hechos conocidos y concretos.

En cambio, dejó completamente olvidada la cuestión del plebiscito; o mejor dicho, reconoce, de acuerdo con mi opinión, «que ninguna nación se mutila voluntariamente en nuestros días, ni ha olvidado cómo la Inglaterra ahogó en lagos de sangre la insurrección de la India, y cómo la gran república americana resistió la desmembración de los Estados del Sur.» Pues bien; *that is the question*, que dicen los ingleses. Todo lo demás que recomienda sobre la libre elección de los diputados cubanos que hayan de venir a las Constituyentes y la necesidad de imponer un término no lejano a la institución de la esclavitud, y acometer las demás reformas que exigen las ideas del siglo, ni es cosa que nadie impugne, ni que viniere al caso, tratándose de un punto tan concreto como era la procedencia del plebiscito, que él sostenía y yo impugnaba. Todos esos consejos son excelentes, muy sensatos, muy buenos; *sed nunc non erat hic locus*, como diría nuestro Horacio. Quede, pues, sentado que yo no contradije en mi supuesta filípica ni uno solo de esos conceptos, limitándome a hacerlo del plebiscito, como *fundamento del derecho* que tiene la España a que Cuba continúe formando parte integrante de su nacionalidad. Y pues que sobre esto está hoy conforme mi ilustrado contendiente, pongo punto a esta polémica, ofreciéndome siempre de V. Sr. Director, atento y afectísimo servidor y amigo Q. B. S. M.,

Vicente V. Queipo.

Hoy 22 de abril.

NUEVO PROYECTO

DE
CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

Reservándonos para el próximo número de este periódico hacer el examen del nuevo pro-

yecto de Constitución que prepara el señor ministro de Ultramar para la isla de Puerto-Rico, insertamos a continuación las bases que este funcionario ha presentado a la comisión, a fin de que conocidas de todos nos sea dable ofrecer nuestras apreciaciones al fallo de nuestros lectores con previo conocimiento de esos antecedentes.

BASES.

TÍTULO PRIMERO.

Declaración de derechos.

- 1.ª Declaración de unidad del territorio. (Artículo 1.º al proyecto actual.)
- 2.ª Los españoles habitantes en Puerto-Rico, gozan de los mismos derechos y garantías que la Constitución de 1869 ha consignado en su título 1.º sin más limitaciones que las que en esta Constitución se establecen.
- 3.ª El Gobierno de la isla y sus relaciones con la metrópoli se organizará con arreglo a la presente Constitución y en las leyes que en adelante se dictan por las Cortes.

TÍTULO SEGUNDO.

De la organización de la Isla.

- 1.ª El país se organizará en Ayuntamientos que se establecerán en cada centro de población. Sus facultades serán completas en todo lo relativo a la vida local con arreglo al art. 8.º de la Constitución.
- 2.ª Habrá una Diputación provincial cuyas atribuciones se fijarán por la ley con arreglo a las siguientes bases:
Primera. Apelación de todos los acuerdos municipales que no sean por sí ejecutivos.
Segunda. Conocimiento de todo lo relativo a elección, suspensión, etc., de los Ayuntamientos.
Tercera. Establecimiento de los impuestos de carácter general, ya para las cargas de la provincia, ya para las del Estado.
Cuarta. Discusión y proposición en forma de petición a la Autoridad superior local de cuanto estimen conveniente a los intereses generales de la isla con exclusión de las políticas.
Quinta. Acusar ante los tribunales a los funcionarios públicos por delito.
Sexta. Nombramiento de los Senadores del reino.
Sétima. Todas las demás atribuciones consignadas en la ley de Diputaciones que voten las Cortes Constituyentes.
- Octava. Dictar disposiciones de carácter general que sean obligatorias para todo el territorio, tan pronto como sean aprobadas por las Cortes. Si no recayere aprobación en el término de un año, se entenderá aprobada.
- 3.ª Los Ayuntamientos se elegirán por sufragio de todo el que pague algo por contribución directa, o sea leer y escribir. Las diputaciones serán elegidas por los mismos electores.
- 4.ª Es obligación de los municipios el mantenimiento del culto Católico.

TÍTULO TERCERO.

Representación del País.

- 1.ª Nombramiento de los Diputados y Senadores, por la Diputación provincial.
- 2.ª Voto por las Cortes de la cantidad con que deben contribuir al presupuesto nacional.
- 3.ª Presentación del presupuesto de la Isla.

TÍTULO CUARTO.

Gobierno de la Metrópoli.

- 1.ª Gobierno superior por la Autoridad civil que pueda enviar sus delegados a todos los puntos del territorio que estime oportuno.
- 2.ª La Autoridad civil podrá resignar el mando cuando lo juzgue oportuno, y bajo su responsabilidad. En este caso cesan todas las garantías del título 1.º
- 3.ª La Autoridad militar no podrá, bajo su responsabilidad, prolongar su autoridad más allá del tiempo necesario para restablecer la tranquilidad material. Los Tribunales de justicia recobrarán sus funciones inmediatamente y por sí.
- 4.ª Al poder Central corresponde por medio de sus delegados:
Primero. Prohibir toda publicación o discusión pública, que tenga por objeto la esclavitud o amenazar la integridad del territorio.
Segundo. Suspender los Ayuntamientos, dando cuenta a la Diputación provincial, que resolverá en definitiva. En los casos de delito, los entregará inmediatamente a los Tribunales.
Tercero. Suspender o cerrar cualquier establecimiento de enseñanza en el cual se difundiesen ideas contrarias a la integridad del territorio. En este caso se entregarán inmediatamente a los tribunales a los responsables de este hecho.
Cuarto. Presidir la Diputación provincial.
Quinto. Convocarla siempre que lo estime oportuno.
Sexto. Nombrar los Ayuntamientos y Diputaciones cuando por cualquier causa no se renueven dichas corporaciones.
Sétimo. Establecer los impuestos si la Diputación no lo hiciese; si votados, no fuesen suficientes a cubrir la cuota votada por las Cortes.
Octavo. Recaudar siempre y en todo caso los impuestos que se destinen a cubrir la cuota votada por las Cortes.

Noveno. Nombrar aquellos empleados que las leyes les concedan.

Décimo. Suspender los acuerdos de la Diputación provincial en los casos marcados por la ley.

Undécimo. Vigilar y mantener la seguridad en la Isla, conservar su integridad y velar por el cumplimiento de las leyes y mantenimiento de los derechos.

Duodécimo. Suplir la acción municipal, llevando las funciones que están asignadas a los Ayuntamientos cuando estos se negaren a hacerlo. En estos casos será siempre cuenta de la Diputación y la acción central solo tendrá carácter provisional interin acuerdo la Diputación.

TÍTULO QUINTO.

Disposiciones transitorias.

- 1.ª El Gobierno dictará las disposiciones necesarias para plantear esta Constitución y de ellas dará cuenta a las Cortes, y no podrá tener carácter definitivo hasta que recaiga el voto de la Representación nacional.

De *La Prensa* de la Habana, fecha 10 del pasado Marzo, tomamos lo siguiente:

«El correo que sale esta tarde para la Madre Patria lleva, a no dudarlo, muchas cartas de personas que son o han sido empleados en las Aduanas de la Isla, y dirigidas a otras influencias de Madrid, en las que tal vez los hechos que les han causado disgustos no estén expuestos con toda la fidelidad y con toda la calma posible. Quisiéramos que por el mismo vapor correo pudieran salir bastantes números de este *Boletín*, a fin de neutralizar el mal efecto que, a no dudarlo, han de producir las cartas y las apasionadas relaciones de los que se consideran perjudicados con las medidas que han tomado las Autoridades en estos últimos meses, para asegurar al Tesoro los necesarios recursos para hacer frente a los indispensables gastos de la guerra. Es un hecho que el difunto Intendente Escario tuvo que luchar con graves inconvenientes para conseguir que las Comisiones de Comerciantes intervinieran en las Aduanas y vigilaran su Administración: es un hecho que el Excmo. Sr. D. Emilio Santos no ha tenido pocos disgustos tratándose de la misma cuestión, pues resuelto como está a impedir abusos y fraudes, no pueden sus disposiciones ser del agrado de los empleados poco dispuestos a cumplir fielmente sus deberes.

Pero es el caso que hoy todos los buenos españoles de la Isla de Cuba estamos dispuestos a aplaudir todas las medidas enérgicas que tomen el Excmo. Sr. Capitán General, el Excmo. Sr. Intendente y las Comisiones de Aduanas, contra los que no cumplan con sus deberes.

Nuestras autoridades deben continuar su sistema, y las Comisiones deben continuar corrigiendo abusos, y todos los buenos los sostendremos.»

En otro lugar de este periódico nos ocupamos de este asunto, considerándolo desde el punto de vista de lo que exigen la moralidad de la administración en Cuba.

La Correspondencia Universal dice en uno de sus últimos números, que han llegado a Madrid en estos días personas sospechosas, o que se supone sean agentes del filibusterismo en Cuba.

Las recompensas propuestas en favor de los oficiales y demás militares heridos en el ataque del cafetal Aurora, isla de Cuba, han sido aprobadas.

La insurrección de Cuba, dice uno de los más acreditados periódicos de Londres, con fecha 19 del corriente, ha terminado virtualmente, aunque todavía las guerrillas rebeldes infestan algunos distritos de la Isla.

Esas noticias vienen a contradecir victoriosamente las exageraciones de los pesimistas que siempre ven negro el horizonte de Cuba, y que se resisten a la idea de que el partido separatista esté en vísperas de una completa derrota.

Cuando estas líneas sean leídas por nuestros favorecedores, estarán ya en nuestro poder, según se nos autoriza para anunciarlo, los pliegos que contienen las 41733 firmas de los que al salir el último vapor-correo de la Habana se habían adherido a la protesta del Casino Español contra la venta o cesión de Cuba. Esos documentos permanecerán depositados en la redacción de este periódico, así como los demás que se nos anuncia vendrán sucesivamente y que también están suscritos por otros adherentes a la propia protesta, a fin de que puedan cerciorarse de ellos los que deseen verlos o los que abriguen alguna duda sobre este aviso.

REVISTA POLÍTICA DE LA QUINCENA.

Cada vez que llega el momento de describir a nuestros lectores de las Antillas la fisonomía política de nuestro país, en los cortos periodos que median de correo a correo, sentimos una impresión momentánea de desaliento; y no porque nos arredre la tarea que nos hemos impuesto, sino porque los sucesos que se desenvuelven a nuestra vista, nada tienen de halagüeños, y al dar cuenta de ellos, la impresión ha de ser idéntica en los que los lean.

Nada satisfactorio en política hemos comuni-

cado á nuestros lectores de Ultramar, desde que vé nuestro periódico la luz pública, y tampoco este correo ha de llevarles más que el relato de nuevas decepciones, de incertidumbres desesperantes, de inquietudes generales, de descontento, malestar y cansancio en todas las clases de nuestra sociedad; en fin, de los efectos desagradables que ya se palpan, y que son consecuencia forzada de una interinidad que va prolongándose contra el deseo de todos.

Exponer los sucesos desconocidos con la concisa sequedad de un diario de noticias, nos sería bien fácil; pero abarcarlos en conjunto, sintetizarlos en sus consecuencias, y enlazarlos con los anteriores por medio de esa solución moral de continuidad, tan necesaria al juzgar los hombres y las cosas, es empresa que más de una vez nos impone; porque hemos adoptado un criterio tal, que pensamos no descender de esa región serena de imparcialidad y de justicia, en que si bien no se hacen adeptos en las banderías dominantes se piensa más en la patria; y de seguro, si formamos juicios acervos al condolerlos de sus males, nadie dirá que son inspirados por contrariedades sufridas ni por rencores de partido.

Quince días son nada en la vida de la nación, pero en los que acaban de transcurrir, casi empieza á bosquejarse algo de lo que se prepara para salir del marasmo que á todos nos envuelve; inacción en las regiones del gobierno, inacción en las Cortes, inacción en todo, hé ahí lo que presencia el país sin darse cuenta de ello, y contra lo que ha empezado á ejercer esa presión muda y elocuente que concluye siempre por impulsar á arrollar la política que no está á la altura de las circunstancias.

De todas partes, de todos los partidos, se levantan clamores pidiendo la constitución de un poder definitivo que nos dé estabilidad y orden; la industria, el comercio, la propiedad, atribuyen su estado aflictivo á las fluctuaciones del poder actual y á la tolerancia de las Cortes con tan inexplicables aplazamientos; todo el mundo se pregunta qué obstáculos pueden presentarse, y nadie se da razón de la falta de decisión en poner término á la revolución, cuando tan imperiosa es la necesidad de hacerlo.

Las quejas reiteradas, el estado anárquico creciente en las provincias, la actitud de los partidos estrechos, que sin desalentarse por recientes descalabros se preparan para nuevas intenciones; el lamentable estado de nuestra Hacienda, y sobre todo, la convicción que está en todos los ánimos de no existir una sola razón plausible para eludir la elección de rey, parece han hallado ya eco en el Regente, que ha indicado su intención de dar un manifiesto á las Cortes, y retirarse si estas no consideran procedente la recomendación urgente que en él les hace de poner término á la interinidad.

Como en esta gravísima cuestión, lo que juega más que nada son las rivalidades de influencia de partido á partido, y el temor de que uno preponderare sobre el otro, existe latente la lucha entre los que temen quedar anulados si este estado de cosas cesa, y los que á toda costa quieren salir de él, con la esperanza de que la regeneración del país llegue á ser una verdad.

Que se ausente el Regente y continúe la interinidad de una manera ilimitada, en manos del general Prim es el deseo de muchos; que se prescinda de los generales de la revolución, y las Cortes opten entre Espartero y Montpensier para coronar á uno de ellos, es el voto ardiente de otros: que se haga caso omiso de las Constituyentes y de los compromisos revolucionarios, y se plante la república, ó se establezca la monarquía con el nieto de D. Carlos, hé ahí el deseo de otros. Entre tantos pareceres divergentes, ¿qué han de hacer unas Cortes donde ninguna de esas tendencias tiene respetable y concluyente mayoría, á no ser por transacciones de última hora?

Esa triste situación es la que ha hecho exclamar más de una vez á hombres de verdadero patriotismo, que de estas Cortes no podía salir rey.

La fracción que más influyente se cree en el Parlamento, con el fin de adquirir la mayor fuerza que necesitaba para tener preponderancia indisputable, ha insinuado una que otra vez la conveniencia de que estas Cortes se disuelvan y sean elegidas otras, ó bien que se declaren ordinarias las actuales y se proceda á nombrar el Senado. Pero esto chocaba con los intereses de otros partidos que se veían amenazados de exclusión futura con la primera de esas soluciones, ó de una interinidad más peligrosa si se normalizaba la vida parlamentaria, haciendo caso omiso de la persona del Rey.

Sea que los obstáculos los haya creado la ambición, ó ya sean nacidos de la misma fuerza de las cosas, la verdad es que ha llegado un momento crítico en que se teme que si para los primeros días de Mayo no está elegido el monarca, surgirán conflictos nuevos, originados por la impaciencia audaz de los partidos extremos, ó por el desaliento del Regente, que según dicen algunos no quiere cooperar al sostenimiento de una situación que nos empuja y nos arrastra, sin que tenga poder suficiente para modificarla.

Si su prestigio y los deseos que formula, se estreñan ante la inercia ó las fluctuaciones de los demás, será cosa de que pronto tendrá conocimiento la nación.

Las distancias se estrechan, decía el general Prim en su última visita á la Tertulia progresista, pero al añadir que se *acercaba el período de las soluciones definitivas*, permanecía enigmático como siempre y se envolvía en una reserva desesperante para el país, que ansia ya ver claro adonde se le conduce.

Su íntimo amigo, el Presidente de las Cortes, ha dicho que á los veinte meses de iniciada la revolución, su obra estaría terminada y España en situación normal.

Estas declaraciones de dos personas tan autorizadas, confirman los augurios de la voz pública y de toda la prensa, que sin decirlo de una manera explícita y encerrándose en vaguedades, que parecen estar en moda, anuncian grandes y sorprendentes acontecimientos en todo el mes de mayo.

Si España ha de cambiar su situación por medios violentos ó pacíficos, si se ha de hacer dentro de la legalidad ó por golpes de Estado, es cuestión oscura en estos momentos, pero poco tranquilizadora desde que se encierra en el misterio, y sus soluciones no entran en el dominio público, como procedía tratándose de asuntos capitales para el porvenir de España, y que importan más á la generalidad de los ciudadanos, que á las pocas individualidades eminentes que se las reservan.

Si las relaciones del Regente y el Presidente del Consejo son cordiales, no acontece lo mismo á dos fracciones de la mayoría radical, pues han llegado á ser tirantes, y están amenazadas de ruptura completa por poco que se irrite la susceptibilidad de unos ó la intransigencia de otros; la enfermedad del Sr. Rivero y el viage del Sr. Echegaray, se dice han conjurado hasta hoy una crisis, que será inminente si la mayoría del partido progresista concluye por fusionarse con los unionistas ó admitir su apoyo. Mucho halaga á ese antiguo partido la idea de ser poder solo, sin verse forzado á transigir con las tendencias demasiado avanzadas de algunos demócratas ó cimbrios, que intentan ya chocar con hábitos y leyes tradicionales. Se creyó que determinaría el rompimiento la repulsa que sufrieron en Consejo de Ministros las propuestas del Sr. Rivero en la cuestión de personas; pero á pesar de tal contrariedad siguió en el Ministerio, y permanece aún en él, aunque posteriormente ha combatido en la Cámara el Ministro de Estado un artículo de la ley electoral que él había recomendado, y que al fin ha sido desechado.

Sea verdad ó no que el general Prim fluctúa entre las influencias encontradas de los Sres. Sagasta y Rivero, el hecho es que existe un dualismo difícil de conciliar y que las tendencias de las fracciones progresista y cimbria que capitanean, son cada día más divergentes.

Para que sea más notable esa disidencia, cuando aún está vivo el recuerdo de la censura moral que impusieron las Cortes al Sr. Echegaray, ministro de Fomento, por sus palabras irreligiosas, acaba de pronunciar en su escursión por Andalucía nuevos discursos ratificando su escepticismo, dando lugar á que se sospechara que desdeñaba la religiosidad arraigada de aquellas provincias.

La fracción á que pertenecen los Sres. Rivero, Echegaray y Moret es la que más ardientemente sostiene esas leyes con que se trata de conmovir las viejas creencias de la sociedad española, y sin duda por eso y como una protesta muda, nunca se ha visto mayor fervor en Madrid durante la Semana Santa, ni se ha notado más recogimiento y respeto á pesar de no haber prohibiciones de ninguna clase.

Las escuelas católicas que se fundan por todas partes y con fondos debidos á la caridad, también han venido á protestar preventivamente contra el conato de privar á las escuelas del Estado de la enseñanza religiosa.

El único acontecimiento que durante estos días ha turbado el recogimiento general produciendo una cierta alarma, han sido los amagos de disgusto entre la tropa y los voluntarios de la libertad, que por cuestiones insignificantes, casi han estado para venir á las manos en uno de sus sitios de paseo más frecuentados; la prudencia de las autoridades ha evitado un conflicto, pero ha dado por resultado, que multitud de voluntarios hayan acordado renunciar á un servicio que no les dá más que molestias, cuando ninguna utilidad pueden prestar á la situación, á la que son innecesarios; se habla de la disolución voluntaria de algunas compañías, y se teme cunda un ejemplo que tanto ha de contrariar á sus comandantes.

La llegada del correo de las Antillas al hacer conocer los enérgicos manifestos del Casino y Voluntarios de la Habana, ha llenado primero de estupor y luego de cólera á esa parte de la prensa que hace algún tiempo entretiene sus ocios en aconsejarnos que vendamos á Cuba; toda la prensa los ha reproducido con comentarios los más dignos, para los que de tal modo han apelado al pueblo español, después de haber defendido tan bizarramente su honra. Dichosamente, el mayor castigo de los que formulan tales propuestas, está en la reprobación general de la prensa, y en que los dictérios que luego ha arrancado el despecto á esos desdichados escritores, van siendo olvidados en medio de la indiferencia general.

Después de la Semana Santa han reanudado

sus tareas las Cortes, comenzando por oír los ataques apasionados de los oradores republicanos, que censuraban al Gobierno por su conducta con los sublevados de Gracia y de otras comarcas de Cataluña.

Estaba tan en la conciencia pública la justicia de la represión, que muy poco trabajo ha costado al Gobierno asegurar de nuevo que sometería del mismo modo á todo el que se subleva contra las leyes.—Como consecuencia de tal suceso, la quinta se ha verificado tranquilamente en el resto de España, ciñéndose hoy las gestiones de los enemigos de este medio de reemplazo, á verificar colectas voluntarias con que redimir las quintas.

La autorización para plantear el matrimonio civil y demás proyectos de Gracia y Justicia, y la ley electoral, han sido los dos asuntos que han ocupado casi exclusivamente al Congreso.

La ley electoral no ha presentado dificultades en la aprobación de sus artículos hasta llegar al que declaraba la incompatibilidad absoluta entre el cargo de diputado y todo empleo público; á grandes debates ha dado lugar, pero combatido por el Sr. Sagasta, las Cortes lo han rechazado. La comisión, sin embargo, al retirarlo para modificarlo, se dice que presentará la incompatibilidad de una manera más radical; obedeciendo á la necesidad de no tener Cortes de empleados.

Los debates sobre el matrimonio civil que empezaron hace muchos días van tan lentamente que aún no ha concluido la discusión sobre la totalidad. Aquí han luchado de una parte el ministro de Gracia y Justicia y los Sres. Sorni, Gil Sanz, Torres Menz y Madrazo, sosteniendo la reforma que excluye del matrimonio el carácter religioso, y los Sres. Toro y Moya, Marrón y Ochoa que apoyándose en nuestras tradiciones, en la índole de nuestro pueblo y en la religión católica que es la de los españoles, sostenían la necesidad de que subsistiera como sacramento y que siguiera celebrándose como hasta el día. Si brillantes han sido estos últimos discursos, que eran como un eco elocuente y entusiasta de las creencias de todo un pueblo, débiles y bien frías han sido las razones de sus impugnadores, que se han contentado con balbucear algunos lugares comunes, y abogar mucho por los judíos y protestantes que apenas vemos por ninguna parte, y que sin duda no tienen gran empeño en venir á fijarse entre nosotros, cuando apenas han establecido un templo disidente desde que existe entre nosotros la libertad de cultos.

Pero el discurso que se espera con mayor interés es el que ha de pronunciar el eminente orador Sr. Moreno Nieto apoyando una enmienda á dicho proyecto. Los que no hayan olvidado las frases elocuentísimas y brillantes que le arrancó el temor de ver privadas nuestras escuelas de enseñanza religiosa, pueden juzgar la profundidad con que ha de tratar el asunto más trascendental de que han podido ocuparse las Cortes, puesto que entraña la manera de ser de las familias, su porvenir, su reposo y hasta la dicha futura de la prole: parece que el objeto de dicha enmienda es establecer sólo para las sectas no católicas y para los matrimonios mistos, lo que la comisión quiere imponer á todos los católicos españoles; de modo que la regla general que quiere establecerse se convierte en excepción, pero siempre respetando la moral y los ritos de esas otras religiones, mientras el Gobierno no dicte las reglas necesarias que han de garantizar la sociedad conyugal.

En medio de estas áridas discusiones, se ha levantado en las Cortes el alcalde de Reus á defender su conducta, asegurando que los matrimonios civiles que ha celebrado han sido entre personas de todos los partidos, y que en conciencia creía haber hecho bien.

Escusamos hablar de las mil preguntas é interpelaciones con que se asedia al Gobierno todos los sábados, fijándonos sólo en la petición hecha por tres diputados, para que se trajera una noticia sobre todas las víctimas de nuestras discordias civiles, y la declaración explícita de que nada debe nuestra nación á Inglaterra.

Se había hablado mucho en la prensa sobre una supuesta deuda de siete millones de libras esterlinas; pero para que desapareciera hasta el más remoto temor, el mismo ministro de Hacienda de la Gran Bretaña ha declarado en la Cámara de los Comunes, que si había existido tal deuda, ya había pasado el tiempo de reclamarla y había prescrito: los diarios de oposición han perdido este tema de ataque.

Las tarifas sobre subsidio industrial, y el decreto sobre arbitrios municipales están sirviendo de pasto á la prensa, y siendo objeto de representaciones colectivas de todos los contribuyentes por tal concepto, que se sienten enormemente perjudicados por la nueva legislación.

Con no menos repugnancia han visto los diarios de los partidos extremos la promulgación de una ley de orden público, que armando la autoridad del poder suficiente, podrá en lo sucesivo ahogar en su origen toda clase de perturbaciones.

La prensa se ha ocupado igualmente con menos consideración de la que debiera, del término de las disensiones de los que fueron reyes de España; los esposos han quedado separados: Don Francisco disfrutará 150.000 francos anuales; el príncipe D. Alfonso, 100.000, y las otras princesas 30.000 cada una; rentas que serán garantizadas

con depósitos de títulos de la Deuda hechos en la casa Rostchild. La reina Isabel seguirá considerándose como jefe de la familia.

La gran reunión carlista en Clarens (Suiza) ha venido á distraer la atención, por sus resultados posibles para la causa de D. Carlos que acaso van á surgir.—Cabrera, la primera espada del Pretendiente, y el hombre de más importancia de su partido, acaba de separarse de su causa, y su renuncia ha sido admitida por D. Carlos.—Hacia tiempo que luchaban dos tendencias opuestas en la corte de ese príncipe: la de Cabrera, que proponía un sistema de gobierno análogo al que tuvo que dar Luis XVIII á los franceses á la caída de Napoleon, y la de los monárquicos puros, que se demostraban más restrictivos.—Ha prevalecido en el ánimo de D. Carlos la segunda tendencia, y Cabrera y los suyos quizás arrastren en su retirada á toda aquella parte de los partidos conservadores, que desesperados de la situación presente ven un punto de salvación en la restauración legitimista, pero que no pueden transigir con sistemas que evocan instituciones antiguas.

El Episcopado español continúa negándose á jurar la Constitución y aconsejando lo mismo á todos los párrocos, con excepción del arzobispo de Toledo.

A pesar de esto, los fondos públicos, después de varias oscilaciones, han empezado á subir, y se mantienen á precios que no habían alcanzado hace tiempo; en esto miran los optimistas un síntoma de que está próximo el momento de que todos los males de la interinidad acaben para siempre.

Si al general Prim se le atribuye el propósito de traer dos candidatos tales como el conde de Eu y el príncipe Carlos de Prusia, y hasta se añade que el emperador Napoleon interponer su voto contra este último, en cambio, y sin estar menos sujeto á conjeturas, los treinta ó cuarenta esparteristas que hay en la Cámara se han reunido y han decidido precipitar la cuestión monárquica, proponiendo la candidatura de Espartero á las Cortes; pero se van á hallar tan solos, y en número tan exiguo, que más puede considerarse como alarde de afecto tal paso, que como esperanza de éxito.

Del sesgo que tome esta cuestión y la ultramarina, tan próximas á ventilarse una y otra, dependerán la paz del Reino y la conservación de nuestras Antillas.

Los que veían una amenaza en el Sr. Becerra, se hicieron un momento la ilusión de que los antecedentes del Sr. Moret constituían por sí solos una garantía para Cuba y Puerto-Rico.—Rápida y fugaz ha pasado esa esperanza: el Sr. Moret accedió al seno de la comisión de Constitución de Puerto-Rico y expuso ideas conservadoras de que dieron cuenta los diarios de su comunión política; y veinticuatro horas después volvía á presentarse á la comisión y les entregaba escritas ciertas bases, que si no eran la antítesis de lo dicho el día antes, al menos reconocían la autonomía legislativa de la isla de Puerto-Rico.

Afortunadamente, la comisión deliberará, y aquellos de sus miembros que mostraron escrúpulos en firmar los proyectos del Sr. Becerra, con mucha más razón deben rechazar los del Sr. Moret, por ser aún más radicales.

Nosotros fiábamos en las grandes dotes del señor Moret, en la sensatez con que trataba estas cuestiones aun antes de ser diputado; pero no creíamos que incurriera en los errores de su fracción política, que se empeña en aplicar esas reglas de gobierno á aquellos países sin distinción de tiempo, lugar, ni circunstancias.

Ruda oposición ha de hallar en las Cortes, si al fin se discuten las bases presentadas: esperamos que nuevas exposiciones de Cuba y Puerto-Rico lleguen pronto á sacarlo de su equivocación, á no ser que teniendo que optar entre la mayoría de los habitantes de las Antillas y algunos que aspirarán á informarlo equivocadamente, se deje guiar por estos últimos.

Deseamos que la presencia del señor Moret en el ministerio de Ultramar no produzca iguales alarmas que la de su predecesor, y por eso alzamos nuestra voz hasta los generales Serrano y Prim, para que ellos que conocen tan bien aquellos países, le signifiquen la inconveniencia ó el peligro de ciertas innovaciones, y lo inviten á abstenerse de intentarlas por ahora.

ANUNCIO.

BOMBA QUÍMICA.

LA INVENCION MAS IMPORTANTE
DE ESTE SIGLO
PARA EXTINGUIR INCENDIOS.

Patente de Agosto 29 de 1869.

Depósitos.—Baños Viejos, 13, Barcelona.

MADRID: 1870.
Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.